



adiós a la filigrana

DE BELLAS ARTES

vio de sus invenciones, impidiendo con ello que el recuento del hacer del arte español sea obra efectiva y positiva.

Así en la particularidad de lo exhibido en las Exposiciones Nacionales, se tiene que considerar su importancia. Hasta que se abren al público no se puede decir qué es lo que va a suceder en ellas, ni se puede siquiera suponer más que aquello que la tradición de las Exposiciones señala; es decir, que no surgen milagros en ellas, ni se apuntan en las obras mostradas atrevimientos de mayor monta. ¿Y esto a qué razón obedece? A que las Nacionales las seleccionan y juzgan los hombres, y estos, como es natural, tienen sus inclinaciones sentimentales, que coinciden o no con las de mayoría mostrada o con las de los más entendidos en arte. También la tradición exige aquí que los seleccionadores y juzgadores de las Nacionales sean, en mayorías, afectos a las costumbres artísticas «del antiguo», de lo cual se infiere que todo acto contrario a la costumbre de esculpir o pintar es condenado aquí, aunque ello condene también a las Exposiciones Nacionales a quedarse en la más gris de las indigencias.

Resultado. La Nacional de 1962, en obediencia a la costumbre, ofrece muchas obras y pocas novedades. Faltan los artistas de mayor empuje y valentía del país, no por rechazados, sino —lo que es ya más grave— por voluntad. Esta es una falta que habrá que corregir en el futuro, si se desea que las Exposiciones Nacionales sean el exponente fiel de la realidad del arte español contemporáneo. Las Nacionales habrán de ser de todos y para todos. Si algún impedimento hay para ello, será menester eliminarlo pronto.

JOSE DE CASTRO ARINES

FERIA DEL LIBRO



En estas mañanas de sol, en que los libros son sacados —como las imágenes, cuando el sol es excesivo— a la calle y desatan las tormentosas lluvias de la primavera, hay que preguntarse qué sequía pretenden acabar los libros fuera de sus anaqueles, qué revolución va a ser lograda por los libros en sus tablas cercanas al sol y a la lluvia milagrosa que los libros siempre hacen caer. Durante estas mañanas soleadas y en los atardeceres con vientos del Guadarrama, que seca el asfalto y la primera lullera librea de la lluvia diaria y polvorienta, habrá que pensar —si bien con un diez por ciento de descuento en la energía mental— en esta provocadora salida al verano incipiente —en Madrid lo bueno es el otoño— de los libros mocicos que no se venden, como el buen paño, en sus arcas estantes del invierno, que a lo mejor se venden más al sol, a la lluvia —cierta— y al movido airecillo de la tarde, en los pequeños camposes que empiezan con Tómbola y Diosa y acaban con Descubridor, llenos de paseantes posibles-lectores y de firmantes de libros y de autores-eclestias de sus hijos, al acello de quien compra (si la burguesía, si el pueblo, si los universitarios, si las muchachas o los jubilados) para, quizá, poder decir quién lee, o escribir para quien compra o quizá para quien lee; repletos —los vortos camposes de la Mesta— de rebaños de chiquillos devoradores de catálogos que, al menos, se sabe que no leen y únicamente estorban, sin falsas esperanzas o sin desilusiones de nada o de «Cria del cerdo» o de «Manual de las válvulas electrónicas». Porque está claro, por mucha lluvia, mucho sol o pocos libros que caigan, que este es el ferrial del difícil bien, de la compleja mercancía manufacturada, en la que se cumple aún la económica ley del bronce, y no ferrial para editores, distribuidores, corredores, libreros, comisionistas —ni escritores—, sino para los que pasan de paso o los que no se pierden feria, o los que miran libros, o los que tocan libros, o para los olfateadores de libros, o para los estadores que ensilian las páginas de la derecha y, sobre todo, para los mentados insaciables de prospectos y catálogos, que ni van a comprar «Cria del ganado porcino», ni siquiera van a pensar en adquirir las inmortales «Rimas», ni los desesperados versos —de tan difícil hallazgo— para la novia y para el particular goce, respectivamente. Cuando estos signos exteriores se instalan en las barracas de la feria, como pararrayos, habrá que meditar en qué consiste esta salida osada y provocativa a la fluida vida de los paseos públicos, y decidirse —aunque euesten las decisiones a las sombras de los árboles y los libros— si es para estar contentos o es para estar ligeramente melancólicos con este oportunismo —antes le llamaban la Kulturkampf— de la Cultura.

JUAN GARCIA HORTELANO

teclimiento, como suele ocurrir en Norteamérica, nos lo han servido las agencias convenientemente humanizado: se asegura que el padre del presidente ha entregado a éste, como regalo, la suma de tres o cuatro millones de dólares. Y se integra también en la noticia el disgusto producido en la Casa Blanca por un satírico comentario que tenía en entredicho la moralidad de sus moraderes: el «Herald Tribune» hablaba, en efecto, de la supuesta concesión de la primera dama a una cadena de T. V. —que transmitió una visita con Jacqueline a la Casa Blanca— a cambio de varios regalos. El presidente, indignado por los comentarios, se ha dado de baja como suscriptor. Comentario del periódico: «Hay muchos lectores que nos abandonan, pero acaban por volver. Decididamente en Norteamérica el oficio de presidente lleva consigo una incómoda publicidad de sus pequeñas incidencias.

CHILE: EL FUTBOL CAMBIA DE CARA

Chile, su «Mundial», como sintéticamente denominan los especialistas a los campeonatos que allí se vienen celebrando, ha constituido una experiencia sorprendente: el fútbol ha cambiado de cara.

Toda una concepción del deporte del balón ha entrado en período agónico. Toda una manera de jugar, todo un estilo han encontrado en Chile su agotamiento, su irremediable declive. Esa

escuela que podríamos llamar con más o menos piedad «esteticista», ha quedado desvalorizada desde el primer saque en Viña del Mar y en Arica, en Santiago y en Rancagua. Los aficionados no acaban de salir de su asombro. El público chileno, por cierto muy poco numeroso siempre, ha sido testigo de esta revolucionaria transformación. ¿Se vuelve acaso a los antiguos métodos? ¿Aparecerá de nuevo sobre el césped de todos los estadios la actuación briosa, pero desgarbada, de los cultivadores primeros?

Una cosa es cierta: que en Chile se está diciendo adiós a la filigrana, al virtuosismo, al juego «bonito», al preciosismo en los cambios, a toda una concepción que había rentado fabulosos dividendos en popularidad, y en dinero contante y sonante, a las más destacadas figuras de los últimos veinte años.

Y los jugadores españoles no estaban, no están, preparados para el cambio. ¿Quién podría imaginarse tanta dureza aliada a tanta sobriedad y a tanta eficacia? Ahí están la derrota ante Checoslovaquia y la precaria victoria sobre Méjico para demostrarlo.

Las primeras víctimas de la «nueva cara» del fútbol han sido, naturalmente, los equipos eliminados. La revisión se impone. De los que la han sabido prever será, en Chile, la victoria. Los que no estén dispuestos a afrontarla ya pueden retirarse de la escena. Su papel está cumplido.

Entre tanto, el campeonato sigue su curso. Sin filigranas, sin virtuosismos, casi sin «estética». El fútbol ha cambiado de cara.